

M^a JOSE BAUTISTA-CERRO RUIZ

Tíbet, el conflicto ignorado

Tíbet es, desde que en 1949 fuera invadido por 80.000 soldados chinos con el objetivo declarado de liberarlo de las "agresiones imperialistas", una de las regiones autónomas de la República Popular China. Pekín ha desplegado desde entonces una política colonizadora y de represión de la población autóctona que no ha conseguido doblegar el afán independentista de los tibetanos, liderado por su máxima autoridad religiosa, el Dalai Lama. Nacionalismo y religión están aquí fuertemente unidos. Pese a la voluntad expresada por el Dalai Lama de iniciar un diálogo sin condiciones con las autoridades chinas, éstas han rechazado sentarse a una mesa negociadora. Por el contrario, intentan intervenir sobre la jerarquía religiosa budista con la intención de orientarla a su favor. Son razones económicas las que explican la ocupación.

M^a José Bautista-Cerro Ruiz es licenciada en Ciencias Políticas. Ha sido documentalista en el CIP.

Tíbet es una de las regiones autónomas de la República Popular China. Ocupa una meseta a 4500 m. sobre el nivel del mar con una superficie de 1.220.000 km². Tiene fronteras con India, Bután y Nepal, y está rodeado de cordilleras, por lo que el acceso resulta difícil.

En 1949 fue invadido por el Ejército de Liberación Popular Chino. Desde entonces comenzó allí una política de represión hacia su población, costumbres, cultura y religión, que no ha respetado ninguna de las libertades expresadas en la Constitución china de 1982: libertad de expresión, prensa, reunión, asociación y credo religioso. El Gobierno chino siempre ha argumentado que Tíbet forma parte de su territorio, aunque los tibetanos afirman lo contrario y piden su independencia. Su oposición a China es pacífica ya que los preceptos del budismo, religión mayoritaria entre los tibetanos, excluyen el uso de la violencia.

China es una de las naciones más poderosas del mundo, y tiene una situación privilegiada por pertenecer al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Su capacidad internacional de presión ha hecho que el conflicto tibetano sea, hasta ahora, casi ignorado y sean pocos los países y organizaciones que denuncien la

*La
Revolución
Cultural, en
1966, supuso
un
endurecimien-
to del trato a
la población
tibetana.*

situación. Ni siquiera las resoluciones de las Naciones Unidas aprobadas en 1959, 1961, 1965 y 1991, que piden el respeto de los derechos fundamentales del pueblo tibetano, han conseguido variar la posición de Pekín.

En el siglo VII, Sogtsen Gampo extendió su dominio por gran parte del continente asiático. A la muerte de Gampo el imperio fue decayendo. La extensión del budismo supuso una progresiva pacificación de las actitudes bélicas y un cese de las actividades imperialistas. Tíbet cayó primero en manos de los mongoles y después de los manchúes. A finales del siglo XIX, China e Inglaterra competían para mantener bajo su dominio el territorio tibetano, aunque sus líderes intentaron conservar la autonomía y lo consiguieron: en 1913 el decimotercer Dalai Lama proclamó a Tíbet nación independiente.

Historia de una invasión

A mediados de siglo la región permanecía como una entidad con Gobierno, moneda, relaciones exteriores y ejército propios. En 1947 participó en la 1ª Conferencia sobre las Relaciones Inter-asiáticas. La Comisión Internacional de Juristas determinó que era un Estado soberano e independiente. Debido al aislamiento en que vivía era un país poco conocido, fundamentalmente por razones geográficas y religiosas. Las autoridades tibetanas intentaban también evitar los contactos de su cultura con el exterior.

Pero el 20 de octubre de 1949, 80.000 soldados chinos traspasaron la frontera tibetana con el objetivo declarado de liberar de forma pacífica al país de las agresiones imperialistas. La misión oficial de los ocupantes era de ayuda a lo que se consideraba una región atrasada. Los representantes tibetanos creyeron en un principio en las palabras de buena voluntad del Gobierno chino pero, tras un breve periodo, este convencimiento desapareció. Presentaron en noviembre de 1950 una protesta oficial ante la ONU, que votó a favor de la autodeterminación de Tíbet, hecho ante el que China no reaccionó. Desde entonces, la situación se ha deteriorado y Pekín ha endurecido su posición.

El 23 de mayo de 1951 una comisión encabezada por el Dalai Lama firmó en Pekín un tratado de 17 puntos sobre las medidas que comprendería la "liberación pacífica del Tíbet". En él se concedía cierta libertad sobre asuntos internos, religiosos y culturales. Este acuerdo fue firmado libre y voluntariamente por la delegación del Dalai Lama, según el Gobierno de Pekín, y bajo torturas y amenazas, según fuentes tibetanas.

El 10 de marzo de 1959 se produjo en Tíbet un levantamiento general en protesta contra la ocupación China que fue respondido duramente por las fuerzas de liberación pacífica. El resultado fueron millares de muertos y exiliados (entre ellos el XIV Dalai Lama), detenciones indiscriminadas, torturas y ejecuciones.

La Revolución Cultural, en 1966, supuso un endurecimiento del trato a la población tibetana. Se llegó a prohibir el uso de sus ropas tradicionales, se quemaron escrituras sagradas y se destruyeron multitud de templos. Sólo unos pocos (12 de los 6.000 existentes) se salvó de la destrucción total o parcial. Mientras, gran parte de los monjes y monjas, que eran vistos por las autoridades chinas como parásitos sociales, fueron enviados a campos de trabajo.

Tras la muerte de Mao Tsé Tung, en 1976, Deng Xiaoping comenzó una etapa de apertura que, sin embargo, no cambió la animosidad de la mayoría de los tibetanos hacia las pretendidas fuerzas de liberación chinas. Cientos de tibetanos han sido y son encarcelados y torturados, algunos de ellos hasta la muerte, por pedir libertad e independencia o por expresar su apoyo al Dalai Lama.

Con posterioridad a la ocupación, se dividió Tíbet en la municipalidad de Lhasa, directamente bajo la dirección del gobierno regional, y siete prefecturas que, a su vez, se hallan subdivididas administrativamente. Sobre estas divisiones se establecen las asambleas locales populares, los comités permanentes de estas asambleas y los gobiernos populares locales, directamente responsables ante las primeros.

Tanto las asambleas populares como el gobierno local se componen de delegados que son elegidos por el pueblo cada cuatro años.¹ Se trata, en realidad, de órganos falsamente representativos que no responden a las necesidades de los tibetanos.

Las razones de la ocupación

Buena parte de las razones que explican la ocupación china de Tíbet son de tipo económico. Se está expropiando de manera sistemática la masa forestal de los bosques tibetanos, lo que contribuye a la destrucción del suelo. El frágil equilibrio ecológico corre un gran peligro. La fauna silvestre está siendo aniquilada y el suelo sufre una grave erosión y desertización debido a los cambios de cultivos y abandono de las formas de agricultura tradicionales.

Se han encontrado yacimientos -algunos en explotación y otros en estudio- de oro y depósitos de radio, hierro, titanio, uranio y plomo. El subsuelo se utiliza, además, como cementerio de residuos nucleares procedentes de China y también de otros países.

Según la revista *Tíbet*, en 1988 se produjeron varios ensayos con armas químicas y existen almacenes de armas nucleares en al menos tres puntos de la geografía tibetana.

La política de colonización ha transferido pobladores chinos a los ámbitos rural y urbano. Los incentivos económicos son el principal atractivo para ellos, además de las mejores tierras y una vivienda asegurada. Los tibetanos, por su parte, ven cómo les son arrebatadas las tierras más productivas así como sus viviendas, sin ninguna posibilidad de indemnización o apelación.

Según Yuan Tao, embajador en España de la República Popular China, "entre 1952 y 1989 el Estado concedió a título de subsidio financiero a Tíbet 13.200 millones de yuanes e invirtió en esta región, en obras de infraestructura, más de 4.000 millones de yuanes".²

Esta inversión se ha orientado, principalmente, a favorecer las condiciones de asentamiento de los 7.500.000 colonos chinos que se encuentran en la zona y de las tropas de ocupación. La población tibetana se encuentra, por el contrario,

¹ *China*, Editorial Nueva Estrella, Pekín, 1995, pp. 39-43.

² Yuan Tao, "Camino hacia la modernización", *El País*, 24 de mayo de 1991.

Aunque se reconoce la existencia de movimientos independentistas, oficialmente no se les concede importancia.

segregada en su propio suelo. En ningún caso se ha respetado su modo de vida ni su arquitectura tradicional. Ha sido confinada a barrios que constituyen auténticos guetos, zonas en las que las condiciones de vida son notablemente inferiores a las que se disfrutaban en los barrios de colonos.

Además, el traspaso masivo de población ha causado carestías graves de alimentos por el desequilibrio producido entre habitantes y recursos, y el desempleo ha aumentado fundamentalmente entre la población oriunda.

Las autoridades chinas aseguran que el desarrollo de la región tibetana que se encuentra bajo su control ha sido espectacular en todos los sectores: agricultura, ganadería e industria. Este desarrollo, según sus propias fuentes, habría afectado directamente a la población, que gozaría de asistencia sanitaria gratuita y una educación acorde con sus costumbres y tradiciones. La cultura tradicional estaría protegida. El idioma se fomentaría. La escolarización habría alcanzado cotas hasta entonces desconocidas. Los templos que fueron destruidos por los excesos producidos durante la Revolución Cultural estarían siendo reconstruidos, la libertad para ejercer, divulgar o practicar los ritos religiosos sería total. Según el mismo discurso, la región tendría amplios poderes para adoptar ciertas medidas políticas y los tibetanos serían, en su mayoría, los que forman parte de los gobiernos locales y regionales.

Aunque se reconoce la existencia de movimientos independentistas, oficialmente no se les concede importancia pues se afirma que están alentados por un reducidísimo grupo de descontentos y que la inmensa mayoría de los tibetanos apoya y legitima la acción de la República Popular China sobre este territorio.

Según los refugiados y los observadores internacionales que lo han visitado, la realidad es distinta. El respeto a las tradiciones culturales es mínimo. La escolarización infantil no es muy elevada. En los colegios se intenta inculcar a los niños una ideología prochina, y cuando un alumno destaca es llevado a China para ofrecerle lo que se considera una mejor educación. Aunque se permite cierto grado de libertad religiosa, no existe la libertad de expresión ni de opinión.

Además, el sistema judicial no ofrece ninguna garantía, cualquier persona puede ser detenida durante años sin que existan cargos contra ella, sin que tenga derecho a asistencia legal ni a visitas, en unas condiciones de vida extremadamente duras.

La detención administrativa se lleva a cabo por la policía y las autoridades sin que intervenga ningún órgano judicial independiente. La legislación confiere amplios poderes a la policía, que impone la duración de la detención. Los abusos cometidos en la aplicación de la detención administrativa han conseguido que dentro de la propia China haya juristas que han levantado la voz en su contra. De hecho, una ley de 1990 reconoce el derecho de apelación ante los tribunales por una serie de castigos administrativos, entre ellos, la detención administrativa. En la práctica, esta ley sirve para poco ya que las normas administrativas son vagas y contradictorias y no tienen un ámbito de aplicación objetivo.

Las torturas que se practican en los cuarteles chinos son tan variadas y espeluznantes que el grupo norteamericano de derechos humanos Asiawatch dice que China usa Tíbet como banco de pruebas para la modernización de torturas.³

³ Louise Branson, "Tíbet, sal en la herida de China", *El País*, 4 de marzo de 1990.

El gran protagonista del conflicto tibetano ha sido sin duda el Dalai Lama. Aparte de los encuentros infructuosos para las aspiraciones tibetanas que se produjeron entre los representantes del Dalai Lama y las autoridades Chinas en 1954 y 1955, el propio líder religioso mantuvo encuentros con Mao Tsé Tung. Se produjeron acercamientos positivos y, según el primero, Mao realizó propuestas muy prometedoras para Tíbet que luego no cumplió. Las negociaciones fueron interrumpidas en 1959 con las protestas y la huida al exilio del líder tibetano y no se reanudaron hasta 1979.

El protagonismo del Dalai Lama

En este periodo, el Dalai Lama se encargó de organizar en Dharamsala (India) un Gobierno en el exilio y unas condiciones de vida apropiadas para los miles de tibetanos exiliados por entonces y los cientos que todavía van llegando.

A partir de 1979 y hasta 1987 se produjo una etapa de apertura y las relaciones entre ambas partes fueron mejorando. El Dalai Lama atemperó sus declaraciones antichinas como una pequeña concesión para crear unas condiciones más favorables en las nuevas conversaciones.

El acercamiento de posiciones se rompió a finales de 1983 cuando las autoridades chinas llevaron a cabo una campaña de orden público en todo el país, que también afectó a Tíbet y en la que se produjeron continuas ejecuciones y arrestos. Estos episodios fueron seguidos de otra etapa de apertura y flexibilidad.

El 21 de septiembre pasado, el Dalai Lama presentó ante el Caucus de Derechos Humanos del Congreso de EE.UU. un plan de paz de cinco puntos para la solución del conflicto:

- 1.- Transformación del Tíbet en zona de paz.
- 2.- Abandono por parte de China de la política de traslado de poblaciones, que pone en peligro la existencia misma de los tibetanos como pueblo.
- 3.- Respeto por los derechos humanos y las libertades democráticas fundamentales del pueblo tibetano.
- 4.- Restablecimiento y protección del entorno natural del Tíbet así como la renuncia de Pekín a fabricar armas nucleares y a depositar residuos nucleares en el suelo tibetano.
- 5.- Apertura de negociaciones formales sobre la futura condición jurídica de la región y las relaciones entre el pueblo chino y el pueblo tibetano.

Este quinto punto se amplió posteriormente haciendo concesiones a Pekín de manera que el territorio del Tíbet fuese una entidad autogobernada en asociación con China, que conservaría en sus manos las relaciones exteriores. Se añadió también otro punto con el fin de convertir este territorio en reserva natural y prohibir las actividades nucleares. Asimismo, se solicitó un referéndum en el que el Dalai Lama no participaría de forma activa. Nunca se han abierto negociaciones sobre estos puntos, pero las declaraciones del Gobierno chino a través de su embajador en España dejan muy clara su posición: "No se permitirá negar la soberanía de China sobre el Tíbet. No se permitirá la independencia, ni la semi independencia, ni una independencia disfrazada". Todo parece indicar que la puerta para este plan de paz está cerrada.

Tíbet es una nación que se basa principalmente en su idiosincrasia religiosa.

El Dalai Lama no ha regresado Tíbet desde que se exiliase en 1959. Sus peticiones de negociación a través del mencionado plan de paz y de la conocida como Propuesta de Estrasburgo, realizada en 1988, no han conseguido sentar a los representantes chinos en una mesa de negociaciones, a pesar de haber abandonado las peticiones de independencia para favorecer la posibilidad de diálogo. En su última comunicación a los miembros del Parlamento Europeo, el Dalai asegura estar dispuesto a negociar en todo momento y en cualquier lugar sin condiciones previas.

Religiosos y nacionalistas

El pueblo tibetano es considerado como uno de los más religiosos del mundo. A pesar de los períodos de brutal represión e intolerancia religiosa protagonizados por las tropas de ocupación, la religión sigue siendo el motor del pueblo tibetano. Mantienen una fe inquebrantable y una postura de rechazo a la violencia. El hecho de que los preceptos religiosos contemplan un respeto absoluto por la vida en cualquiera de sus formas, y el convencimiento de que el uso de violencia es negativo tanto para quien la recibe como para quien la ejerce constituyen dos de los factores más importantes que explican el estado actual del conflicto.

No obstante, se están levantando cada vez más voces de tibetanos que piden una respuesta violenta. Son, en su mayoría, jóvenes que no ven una salida al estado en que se encuentra el territorio.

La ocupación china nunca ha sido aceptada por los habitantes de Tíbet, que no han adoptado ni las costumbres ni los modos de vida chinos. No han abrazado el comunismo, ni el maóismo. Se encuentran apegados a sus ritos, tradiciones, supersticiones y costumbres. Los tibetanos, en general, no se consideran chinos, ni tienen sentimientos de agradecimiento hacia el ejército que tan pacíficamente ocupó su país. En este sentido se puede decir que la invasión ha sido un fracaso.

La legitimidad del Dalai como líder de su pueblo es indiscutible. Siguiendo a Weber podríamos decir que en él se encuentran todos los tipos de legitimidad: la tradicional, la carismática y la racional, si entendemos por esta última la que concede la mayoría. Estas circunstancias confieren al Dalai Lama un poder muy importante, máxime si se tiene en cuenta que concentra en sus manos no sólo el poder político sino también el religioso. En Occidente, donde estos poderes se entienden separados, su figura puede resultar extraña. Sin embargo en Tíbet los asuntos políticos han estado tradicionalmente en manos de la jerarquía religiosa. Las reivindicaciones nacionalistas están protagonizadas por religiosos tanto dentro como fuera de la región.

La independencia a la que aspiran puede concebirse legítima si se entiende que Tíbet es una nación. Este concepto abstracto se basa en la existencia de un pueblo con unas características peculiares que lo hacen distinto de otras comunidades vecinas. Si ésto es así, se puede decir que Tíbet es una nación que se basa principalmente en su idiosincrasia religiosa. Allí, más que un nacionalismo cultural al modo del descrito por Herder, se encuentra un nacionalismo religioso. La religión se sitúa en el centro y es lo que articula el conjunto de las acciones y los pensamientos.

Quizá por ello la estrategia desplegada por Pekín trate de conseguir el control de la jerarquía religiosa budista para poder tener así un dominio más efectivo sobre el pueblo.

Varios años después de la muerte, en extrañas circunstancias, del décimo Pachen Lama -segunda figura religiosa del país-, y después de un largo proceso de búsqueda basado en ritos ancestrales, el Dalai Lama señaló a Gedhun Choekyi Nyima como el sucesor. Tras esta designación, el niño y parte de su familia fueron secuestrados. Sólo varios meses después de su desaparición las autoridades chinas admitieron que se los habían llevado para protegerles de los nacionalistas tibetanos.

Las autoridades chinas negaron desde un principio que Gedhun pudiera ser el nuevo Pachen Lama y designaron a Gyaltsen Norbu. Todo el proceso de entronización de Gyaltsen fue extremadamente rápido, intentando así evitar las protestas tibetanas sobre la selección china. Pekín ha negado la validez del proceso de selección llevado a cabo por el Dalai Lama, según los procedimientos ancestrales establecidos para ello. La maniobra china podría estar intentando ocupar a largo plazo la jerarquía religiosa con personas de su elección y educadas bajo su supervisión. Una vez que se consiguiese controlar puestos importantes dentro del jerarquía budista se podría intentar separar las pretensiones independentistas de la religión, para eliminar así a los principales activistas de este movimiento, principalmente monjes y monjas tibetanos. El consecuente viraje de la religión hacia posiciones no nacionalistas obligaría a la población a definirse entre las posiciones de sus líderes en el exterior, encabezadas por el Dalai Lama, y las posiciones de la jerarquía interior, controlada por Pekín.

Bibliografía

- Ashild Kolas, "Tibetan Nationalism: The Politics of Religion", *Journal of Peace Research*, vol. 33, nº 1, 1996.
- Qin Shi, *China 1995*, Editorial Nueva Estrella, Pekín, 1995.
- Boletines de O.C.A.T. (Oficina de Coordinación de Asuntos Tibetanos), San Sebastián, (en ninguno aparece la fecha).
- *Human Rights Watch World Report 1995*, Human Rights Wacht, Nueva York, 1995.
- *Keesing's Record of World Events*, 1991, 1992, 1993, 1993, 1994, 1995, Longman.
- Scott Leckie, "Housing as Social Control in Tibet", *The ecologist*, vol. 25, nº 1 January/February 1995.
- Informes de Amnistía Internacional (1988-1994).
- Armando Sáez Lasheras, "Tíbet: Historia de una invasión", *Tiempo de Paz*, nº 34-35, Otoño 1994.
- *The New Internationalist*, nº 274, Diciembre 1995.
- Louise Branson, "Tíbet, sal en la herida de China", *El País*, 4 de marzo de 1990.
- "China admits holding Pachen Lama child _for protection_", Tibet Information Service, Londres. [Http://coombs.anu.edu.au/CoomsHome.html](http://coombs.anu.edu.au/CoomsHome.html)
- "Chinese to appoint a second Pachen Lama", *Tibet Information Service*, Londres. [Http://coombs.anu.edu.au/CoomsHome.html](http://coombs.anu.edu.au/CoomsHome.html).